

EL ARBOL DE NAVIDAD Y SU HISTORIA

El Arbol de Navidad es hoy una realidad en casi todos los hogares del mundo. En torno a él —a su calor y luminosidad— se juntan las familias deseándose lo mejor, soñando, a la vez, con la prosperidad de un nuevo año. En torno a él —o colgados de sus ramas—, están los regalos que unos a otros se hacen. Es una pieza insustituible el árbol dentro de la Navidad. Pero ¿cuál es su origen?

Hay que decirlo de una vez por todas: el árbol de Navidad tuvo, en la historia, una procedencia pagana. (Nada tiene que ver esto, toda vez que hoy el árbol, como símbolo, no posee el sentido que en otras épocas tuvo).

Hagamos un poco de historia.

El fuego fue en un tiempo divinidad. (De ahí que, en la Navidad, existan aún las costumbres de las hogueras en las calles y plazas y aún ante las iglesias, como en el Alto Ampurdán, Sort, etc. Al árbol le sucedió lo mismo que al fuego (de las ramas del árbol se colgaban las cabezas de los animales sacrificados, lo mismo que hoy se cuelgan los regalos de Navidad). Si tenemos en cuenta que el Nacimiento del Señor vino a coincidir con las fiestas paganas —el solsticio de invierno— en que se celebraba el nacimiento de la Luz, tenemos la clave de todo: los cristianos han incorporado hoy el árbol a sus celebraciones como un día incorporaron la luz, toda vez que Cristo es Luz del mundo. (El árbol tiene, en el fondo, un sentido de salvación y de victoria; tiene algo de signo cristiano).

El Arbol de Navidad nació en Alemania y vino a sustituir a los antiguos fuegos que se encendían en las colinas a la salida del sol. Tiene el significado de “luz sempiterna” (el mismo que hoy tiene el fuego en la liturgia de Pascua).

Y no solamente tiene un sentido navideño hoy el abeto o pino; lo encierran también el muérdago, o la rama de sauco. El muérdago tiene, según Plinio, un valor curativo casi providencial y es síntoma de grandes acontecimientos. (Hoy es utilizado todavía en algunas regiones durante Navidad, como símbolo de salud y salvación). La rama de sauco era utiliza-

da por los niños franceses para llamar a las puertas de las casas en vísperas de Navidad pidiendo el aguinaldo. (¿Tiene esto algún paralelismo con la rama de sauco utilizada por los germanos en la primavera y con la que tocaban delicadamente a las personas, animales y cosas creyendo que los volvían fecundos?).

En realidad, los símbolos o signo que el hombre utiliza para manifestar —para “plastificar” sus creencias y convicciones, pueden reducirse a muy pocos. Lo importante es el sentido, lo que “va por dentro”.

En un principio, el árbol de



Navidad era un asunto familiar. Del abeto se colgaban manzanas, naranjas, e incluso vainas de habichuelas. Poco a poco, el árbol como adorno y símbolo se fue industrializando: hoy las tiendas venden toneladas y toneladas de adornos artificiales a la vez que los árboles van adornados con multitud de luces de colores e intermitentes.

En Inglaterra, por ejemplo, el árbol es algo tradicional, insustituible. Su introducción es casi reciente: fue el príncipe Alber-

to, esposo de la Reina Victoria, quien llevó a este país la costumbre alemana. (En el país de Gales siguen prefiriendo el ramo de muérdago suspendido encima de las portadas de las casas, o del techo, y debajo del cual se abrazan y besan familiares, novios, etc....).

En Italia —tierra de los belenes, junto con España— el árbol de Navidad tiene un puesto importante. Al parecer, fue introducido por los soldados ingleses y americanos durante la segunda Guerra Mundial.

En Norteamérica no existe hogar —por modesto que éste sea— que no compre su árbol de Navidad, más o menos grande, más o menos profusamente adornado. Y es que Norteamérica se lleva hoy la palma en lo que a árboles de Navidad se refiere. (Hasta el punto de que la venta de árboles navideños es uno de los grandes negocios en los Estados Unidos).

Es tan grande la demanda de árboles que ya no se limitan a cortar ramas en los bosques normales, sino que existen plantaciones especiales para los árboles de Navidad. El cultivarlos constituye un gran negocio.

En Sierra Nevada y en la Costa Oeste son millones y millones los abetos y pinos que cuidadosamente tratan con el fin de cortarlos y venderlos durante las fechas de la Navidad. Se llegan a “producir” abetos de todos los tamaños. En ocasiones —y proporcionalmente— un árbol vendido para la Navidad proporciona más dinero que el que pudiera dar un árbol de sesenta o cien años vendido para madera. Los estados de la Unión tienen parcelas especiales en sus terrenos comunales para la producción de abetos y pinos de Navidad. En California, por ejemplo, se cortan cada año en diciembre más de un millón de pinos.

Como símbolo de la importancia del árbol en la Navidad de los Estados Unidos, cabe señalar el gigantesco que se utiliza frente a la Casa Blanca. Este árbol está rodeado, a la vez de centenares de pequeños abetos. El mismo Presidente de los Estados Unidos es quien lo enciende, como anunciando el comienzo de la Navidad en el país.